

Doña Tonquete

y

San Pirón

Parte 2



Un libro para leer  
a los niños antes  
de dormir.

Esteban Dionicio Aguilera González

**Doña Tonquete y San Pirón**  
**Parte 2 versión 2**  
**Esteban Dionicio Aguilera González**

Doña Tonquete y San Pirón forma parte de tres cuadernos dedicados a los narradores orales. A mis hijos cuando pequeños les contaba y hoy en día ya mayores piden les haga los cuentos a los nietos. Ojalá los disfruten.

El viaje.

Quedamos amiguitos en el libro 1 donde Doña Tonquete, la niña bebé, que gracias a la magia que envuelve a los pequeños podía caminar, hablar con duendes, animales, brujas y hacer todo tipo de maldades y San Pirón, su hermano, también chico, se alejaban con sus amigos en el tren viejo comenzando un largo viaje. Los padres bajaron del tren y en sus casas dormían sin que pasara el tiempo porque todos los relojes se habían detenido.

Saquelturo reposaba plácidamente en uno de los sillones. Soñaba con los ratones y los guayabitos que aunque le hacían todo tipo de maldades ayudaban a sobrellevar su vida de gato.



El perro Saqueltaro dormitaba. De rato en rato movía sus patas como si corriera, tal vez soñaba.



Mientras el duende y su pequeña familia que aunque fuera numerosa seguiría siendo chica, subidos en el respaldo de los asientos disfrutaban del aire y el paisaje. Los postes de la electricidad, las cercas, los árboles, grandes sabanas pintadas de verde parecía que corrían al encuentro del tren.



El cangrejo, el pobre cangrejo tenía que sujetarse duro porque no estaba acostumbrado a avanzar de frente. Se sujetaba de los brazos del asiento con una de sus muelas, lo que le provocó un dolor terrible.

–¡Ay, ay, ayayaiiii! –lloraba sin consuelo. Ni Tonquete y tampoco Pirón se atrevían a acariciarlo no fuera a sujetarse de sus dedos. Les recuerdo que Saqueltiro era un cangrejo de mar y los cangrejos de mar muerden durísimo.

–Pu, puuuuu, racachá, racachá. –avanzaba rápida la locomotora. Cada vuelta de rueda se aproximaban más a la lejana estación Fortuna que era el lugar hacia donde iban, pero de pronto, sin más acá ni más allá.

–Richiiiiii, riiiiii. richiiiiii –chillaron los frenos del tren que patinaba sobre los rieles.

–¿Qué sucede?, ¿Qué sucede? –preguntaban todos. Al detener la marcha Pirón y Tonquete fueron los primeros en bajar. En medio de la línea estaba un ovejo con su cabeza amenazante apuntando hacia la locomotora.

–¿Qué haces ahí ovejo tonto? –voceó Pirón.

–Sí, ¿qué haces ahí? –como el eco repitió el grupo.

–Yoooo, queeee, queeee –baló el ovejo –quería parar el tren. Voy a la estación Fortuna y supe que ustedes van. En todo el reino tierra no se habla de otra cosa – luego de observarlo un rato y reunirse en coro el grupo, llegaron a un acuerdo.

–Pues monta. Te llevamos –el ovejo subió de un salto. Fue muy gracioso, dobló la nuca, elevó las patas delanteras al aire y saltó,

El tren avanzó de nuevo, esta vez más rápido.

Racachá, racachá. Hip, hip... se escuchaba y era que el ovejo le hacía dar brinquitos de hipo a la máquina con sus cabezazos.

Pues sí, los ovejos tienen la cabeza dura y acostumbran a dar golpes y más golpes. Lo curioso es que no se hacen ni un chichón. Aunque parece que

golpear les da dolor de cabeza y entonces vuelven a golpear para quitárselo.

Luego de viajar dos días con sus noches llegaron al pueblo, no sé si se le puede llamar pueblo a la estación Fortuna. Tal vez debo decir edad. Se llamaba así el lugar porque era una fortuna llegar allí y tropezar conque sólo es vida de niños, rara vez un adulto la encuentra. Salió a recibirlos el anciano del río, los viejecitos son como los pequeños, con sus doscientos años. ¿Cómo llegó tan rápido? Luego de insistir mucho la bruja lo montó en su escoba eléctrica y a volar se ha dicho. Las líneas aéreas son más rápidas.

En la estación Fortuna fueron muchas las sorpresas. Una cotorra gritaba a voz en nuca.

–Bienvenidos a Fortuna. Hospedaje natural garantizado, agua caliente, comida fría, el té en tazas, el café por vasos. Habitaciones bajo la ceiba.

Subieron a una balsa por un río que corría hacia arriba y montones de peces diciendo adiós desde la orilla. Todo al parecer estaba bien, pero lo difícil era bajar de la balsa porque paraba a la altura de las nubes. Nuestros amigos se aplastaban los sesos y se mordían la lengua de tanto pensar cómo desde tan alto podían descender. Hasta muchos mayores cuando hacen grandes intentos se mastican la lengua. La respuesta fue sencilla. En el muelle nube esperaban águilas muy grandes que los tomaban con sus garras, muy cuidadosas y vueltas que te vueltas hasta marear los

iban llevando a la tierra firme. Todos sin faltar ni uno dieron las gracias. Hay que ser agradecidos. Hay que hablar de la educación y los buenos gestos para que los demás oigan e imiten las buenas costumbres.

–¡Gracias, muchas gracias! –dijeron a coro.

–No tienen porqué, ya los estábamos esperando – respondieron las águilas y poco a poco se fueron perdiendo en el cielo.

Llegaron al fin a la primera parte del viaje. Cansados, estropeados, el grupo se dirigió a la ceiba. Total, no llevaban equipaje.

Ya bajo el árbol comenzaron a buscar lugares cómodos pero Saqueltiro molestaba a todos con sus gritos. Recuerden que Saqueltiro es el cangrejo y decidieron llevarlo al, al..... no sabían si ir con él al estomatólogo por lo de la muela brazo o con el ortopédico por lo del brazo muela. Se decidieron por el estomaaaaat... –mejor digo, dentista.

–Pase el último –se escuchó una fuerte voz. Se miraron unos a otros, bueno, ya que los primeros no protestaron. Volvieron a mirar para los que esperaban y nada. Aún con recelo se decidieron a entrar,

Recostado al sillón estaba el anciano de doscientos años. No se asombren pues este mundo para que sea este mundo tiene que suceder de todo. Contemplaron la habitación y en una esquina estaba la escoba enchufada a la corriente. ¿El toma? Era una anguila eléctrica con el extremo del palo en su boca.



El anciano alzó a Saqueltiro lo colocó en un sillón encima de otro sillón, splash, splash, sonó el yeso. Siiiiii, siiiii....se escuchó a la maquina de taladrar muelas.

–¡Ayayaiiiiiii! –voceó el cangrejo para no quedarse atrás pero de paso le hizo cosquillas al dolor para convertirlo en consuelo.

El anciano puso yeso en el brazo muela y le hizo el empaste en la muela brazo.



No lo dejó ir sin decirle.

–No puede usar esa muela brazo por tres días.

–¡Ya escuchaste! –dijo Tonquete.

De vuelta al árbol habitación el cielo comenzó a ensombrecerse, las nubes en loca carrera borraban el azul y pintaban gris. Cayeron las primeras gotas. El cangrejo, previsor, hizo burbujas con su boca y los cubrió a todos.

Llueve que te llueve pasó lo que quedaba del día y toda la noche. Se escuchaba a lo lejos el ruido del río que con toda su fuerza llegaba al cielo y volvía a caer acompañando la lluvia.

–Quiero hacer pis. –avisó la jicotea dentro de su burbuja. Dicho al hecho, su transparente habitación se llenó de líquido. Valga que fue la jicotea.

Amanecer tranquilo.

El sol con un gran bostezo separó las nubes y sus rayos se extendieron como brazos. Las nubes, temerosas de evaporarse dieron paso al color azul. Los trinos después de un kikiriquí fueron corriendo rápidos hacia las montañas, llenándolo todo. Y los pequeños duendes azules con su conjuro, ja ja, je je, ji ji sirvieron comida para la caravana. Saqueltiro con el brazo muela sano empezó a llevarse el alimento a la boca. Lástima, el conjuro era provisional, cuando pasaba, el hambre volvía y con más intensidad.

Luego de reposar la no comida, San Pirón y Doña Tonquete reunieron a todos y comenzó a hablar el niño.



–Vinimos hasta aquí para ir hasta la montaña nevada y visitar a nuestras almas. Nos esperan el bosque, piedras

puntiagudas, sabanas interminables, ríos sagrados. Tomen ahora agua suficiente y por sobre todo no se separen porque al final está el reino y ahí todo se confunde.

–¿Están listos? –habló Tonquete que raramente estaba en silencio.

–Listos, listos –gritaron a coro.

Abrió la marcha Doña Tonquete, seguidamente y cuidándola San Pirón, al mismo tiempo los duendes azules que iban en el bolsillo del niño.

Después caminaba el gato Saquelturo que tuvo que darle un manotazo al susto para tomar valor ya que iba delante del perro Saqueltaro, aunque se portaba bien, nadie quita que se le salieran los instintos y le diera por morder al minino. Aunque de todos modos y comparando, el gato se llevaba bien con los ratones a pesar de ser un gran cazador.

Pasaron primero por la tienda para conseguir soga. La noticia de la llegada se había extendido por todas partes así que ya la araña los esperaba.

–¡Buenos días! –saludaron a coro.

–¡Buenos días! –respondió la araña que de inmediato empezó a cerrar la tienda.

–Pero oiga, nosotros queremos comprar soga.

–No es necesario. Permiso –dijo la araña –porque yo voy con ustedes, acto seguido saltó al lomo del gato balanceándose con uno de sus hilos. Tomaron el camino del bosque para aprovechar la sombra. El andar

fue tranquilo con ligeras paradas para conversar con los árboles que se aburrían de estar en el mismo lugar. De pronto un perro jíbaro salió amenazador. Rápida la araña lo enlazó por las patas mientras el duende azul lanzaba un hechizo que lo convirtió en jutía y subió rápida a un gran roble. Te recuerdo del primer libro que los niños pequeños conocen el idioma de los duendes, los animales y las brujas y al crecer lo olvidan.

–Y ahora qué..... le hablaron a la jutía.

–¡Por favor! Quítenme este hechizo. Yo me marchó enseguida –casi les lloró el perro jíbaro jutía.

–Ahora mismo te vuelvo a convertir en perro, pero hay un problema –el duende azul dijo.

–Ja, ja. Je, je Ji, ji vuelve a ser quien eras –ustedes ya se dieron cuenta que la jutía perro estaba sobre las ramas. El remedio fue peor que la enfermedad. Al volver a ser quien era lo que estaba sobre el árbol era un perro jíbaro. Todos los de la caravana recogieron hierbas y las colocaron debajo del tronco.

–Cuando quieras puedes tirarte, debajo te hemos puesto un colchón. No te vas a golpear –la caravana siguió el camino a sabiendas que el jíbaro había tenido una gran lección.

¡Ah! Hablamos y hablamos sin recordar a la jicotea pero podemos estar sin preocupaciones, había tomado el camino del río para reunirse más adelante. La jicotea es muy buena nadadora, pero caminando avanza muy

poco, a no ser cuando loma abajo patina sobre el carapacho espalda.

El duende azul y su familia.

Vamos a aprovechar que el camino es largo para contarles sobre el duende azul. Hace años, muchísimos años, miles de años existió un reino de gigantes. Aquellos hombres y mujeres grandes aprovechaban su fuerza y tamaño para abusar de todos, hombres y animales. Eran tantas las penas que provocaban que la noticia llegó al reino de las almas. Apresuradas bajaron las montañas y los convirtieron en criaturas pequeñísimas. Para ser justas y que se pudieran defender le dieron poderes mágicos que eran de poca duración, así evitaban cualquier exceso. De todos modos igual que cuando eran gigantes existían buenos y malos. Los duendes en este pequeño grupo pertenecían a los buenos. Iba la esposa, la que en su tiempo fue la princesa Olivia, llena de belleza y virtudes, toda bondad y con el tamaño de un soldadito de juguete. Sus dos duendecillos hijos que vivían haciendo travesuras con sus dones, pero en la pequeña caravana se cuidaban de usar la magia bajo la amenaza de regresar. Papá duende, aunque era muy bueno gustaba de refunfuñar.



El ovejo.

Este animal cabeciduro iba con la intención que lo enseñaran a no dar con la cabeza porque estaba cansado de dar golpes y golpes, pero gracias a él podían caminar más rápido por el bosque porque iba chocando y tumbando pequeños árboles para darle paso a la caravana. De tiempo en tiempo se escuchaba su voz que gritaba.

–¡Cuidado! árbol al suelo –zas la caravana detenida miraba arriba, para evitar ser aplastados.

La sabana.

El viaje, amparados por la sombra frazada del bosque terminó y dio inicio la sabana. Era la estación de lluvia, grandes extensiones de yerbas altas y verdes iban como el mar formando olas con el viento. Cuando llega la

estación de lluvia la sabana se cubre de grandes hierbas que con el viento forman olas igual que el mar y si caminamos por ella se abren estrechos senderos que van dibujando el paso. Así que amigos míos cuando la tierra esté húmeda digan a sus padres que los lleven a una sabana, van a poder pintar caminos andando y aplastando la yerba y admirar las olas de las hojas. Lejos muy lejos estaban las grandes montañas. Todos se dieron las manos para no perderse entre la vegetación pues eran muy pequeños. Anda que te anda casi tropiezan con un majá de Santa María que echaba una siesta. El majá despertó asustado y preguntó.

–¡Alto quién viene ahí! –preguntó con un ojo cerrado y otro abierto.

–Somos la caravana que viaja al reino de las almas.

–Claro que pueden pasar, no faltaba más, pero antes me firman el autógrafo, sumergió la cola en tinta y todos fueron escribiendo en las escamas, la mayoría hacía una cruz pues no sabían escribir. Por eso es necesario ir a la escuela. Nadie sabría jamás a quien pertenecía aquella cruz. De todas formas importaba poco. El majá es muy presumido y cambia la piel de tiempo en tiempo.

El sol iba subiendo y el calor también. El perro Saqueltaro como todos los perros llevaba de corbata la lengua. Movía la cola de un lado a otro y no de contento, intentaba sin lograrlo echarse aire como si fuera un abanico, sin más acá ni allá empezó a darle

vueltas al rabo cada vez más rápido y funcionó como un ventilador, pero todo no era bueno. La cola, como las hélices de un helicóptero lo levantó de las patas y Saqueltaro daba tumbos adelante y atrás, a un lado y otro, valga que era en la hierba porque de lo contrario se llevaba una golpiza. Tuvo que renunciar al invento. Al cangrejo no le iba mejor, arrastraba su brazo muela con yeso, pero no daba ni una queja. La araña ni hablaba, había tejido una sombrilla y una silla de montar y no decía ni ji para no perder su privilegio de cabalgar en el lomo del gato. La jicotea había hecho de su carapacho un trineo al que todos arrastraban.

Camina que te camina, camina siempre más se acercaban a las montañas las que se veían azules por la distancia y hermosas con su sombrero de nubes.

Pequeñas sorpresas.

Anda que anda por la sabana llegaron a un claro entre las hierbas, al frente asomaba otro perro dando vueltas a la cola y guiando a otra caravana repetida.

—No tienen que ir, venimos de regreso, somos ustedes. Gritaron a coro los que llegaban.

—No tienen que ir venimos de regreso, somos ustedes. —gritaron a coro otros que venían por la izquierda.

—No tienen que ir venimos de regreso, somos ustedes.  
—Gritaron a coro los que venían por la derecha.



Que usted emprenda un camino largo y de pronto no sepa si viene o va, se las trae. El vapor de agua había formado espejos hablanquines y se conocía la caravana real porque era la que decía que iba hacia las montañas. Reflejados unos y otros dudaron quien iba o quien venía. Tonquete tuvo una idea, tomó fango y comenzó a tirarlo a todos lados, las imágenes no se enfangaban y los verdaderos sí. Nuestros ahora enfangados amigos continuaron el extenuante viaje.

El río sagrado.

El río sagrado dio grandes dificultades. Incluso para la jicotea, el cangrejo y para los duendes que cuando eran gigantes lo cruzaban caminando. No tenían bote ni balsa y la jicotea y el cangrejo eran muy chicos para cargar a los otros. Miraron al perro.

–A mí no me miren –dijo el can. –al perro se le dice también can.

–Tú puedes, no es tan largo el tramo que tienes que volar. La araña con una acrobacia de trapecista saltó hacia el lomo del perro y dijo.

–Yo estoy lista –y lanzó una soga hilo.

–Tonquete tomó un extremo y se sujetó de esta. El perro asustado comenzó a dar vueltas a la cola rápido, cada vez más rápido hasta elevarse y poniendo las orejas y lengua de timón tomaba la izquierda o la derecha, subía y bajaba. Al llegar al centro del río

